

bia provocado, de la humillacion que le habia hecho sufrir, de los insultos que le habia prodigado, y de lo fácil que le seria deshacerse de él en aquella hora en que nadie transitaba por la calle.

Esta idea halagó su corazon, y asomó á sus labios una sonrisa infernal.

Ahora era el hombre mismo del Parian.

El hombre que se burlaba de los remordimientos.

El que no creía en la conciencia.

—Su mala suerte le coloca entre mis manos:—dijo al fin para sí;—esperémosle, y quitemos este obstáculo que se presenta en mi camino. Aquí sale.

Y Rossi se colocó arrimado á la pared contigua á la accesoria: sacó un puñal, y esperó con el brazo levantado á que abrieran la puerta; pronto se oyó el ruido de ésta, y al asomar en el dintel D. Antonio y cerrarse la pieza de donde habia salido, se vió descargar un golpe, y resonar en el viento un grito.

## CAPITULO XIX.

Cuidados y lágrimas.

En cuanto Miguel se despidió de Enrique y entró en su casa, se encerró en su gabinete, preocupado con los acontecimientos de aquella noche.

Interesado su noble corazon en salvar á la persona amenazada por la lógia, del peligro en que se encontraba, hubiera querido que las horas hubiesen pasado con la rapidez de su deseo.

Impulsado por aquel recomendable afan, ni aun queria sentarse, como si los instantes regulasen su curso por la accion de su cuerpo.

Al verle pasear á lo largo de la estancia

con una igualdad invariable en sus actitudes, cualquiera hubiese dicho que sus movimientos estaban subordinados á un mágico resorte.

A cada vuelta que daba, se detenía en medio de la estancia lo indispensable únicamente para fijar los ojos en el cuadrante del reloj, cuyo inflexible horario creía que no avanzaba de un punto.

Parecíale que el tiempo, que tan rápido vuela en las cortas venturas que goza el hombre en la mezquina tierra, había plegado ahora sus alas para caminar con pesadas muletas.

Si el lector se ha encontrado alguna vez en situación análoga á la de Miguel, si ha esperado alguna vez la noticia de un fausto acontecimiento, la carta de una esposa, de un hijo, de un amigo, de una amante ausente, conocerá ese violento malestar, esa agitación, esa inquietud que no se puede vencer por mas que llamemos á la razón en auxilio nuestro.

Resuelto á esperar de pié la luz del día, ni aun del sombrero quiso despojarse, por

no perder ni el leve instante que emplearía en tomarlo del sitio en que lo colocase.

María, que le había sentido llegar á hora tan avanzada, y que como él velaba entregada á sus melancólicas ideas en el cuarto contiguo, escuchaba atenta los pasos de Miguel.

Sus pisadas, que sobre la suave alfombra adquirían ese ruido misterioso y lúgubre, cuyo eco sordo espira envuelto en la agitada respiración del que escucha, iban á caer en el triste corazón de la interesante jóven, como otros tantos emisarios de su amor sin esperanza y de su ilusión perdida.

Pura su alma como el delicado perfume de las flores al primer albor de la mañana, y tierna como el beso de una madre en la frente virginal del niño que sonríe en la cuna, posponía las terribles penas que emanaban de su amor sin esperanza, á las que juzgaba debían atormentar en aquel instante al sér cuya felicidad hubiera comprado aún á costa de la suya propia.

El amor de María era ese amor puro, íntimo, desinteresado, verdadero, que cifra

todas sus delicias en la ventura del objeto amado.

No era esa pasión mezquina y egoísta que exige una retribución, un premio de igual naturaleza de la persona á quien tal vez no le es dado sentir por nosotros las mismas afecciones.

No diga, pues, que ama, quien no viendo correspondido su cariño, odia al sér cuya alma está cerrada á los ecos de la suya.

Amar y aborrecer al objeto que protexamos amar, son dos cosas incompatibles.

Es profanar ese mirífico sentimiento emanación del cielo, todo dulzura, todo caridad, todo *amor*, en fin, en cuyas aras sacrifica, quien está dotado de virtud tan sublime, todos sus intereses y sus mas íntimas afecciones.

Buscar el bien de una persona con quien nos identificamos y que hace latir con una opresión indefinible nuestro corazón, acatar sus mas ligeros deseos, sufrir con sus penas, gozar con sus virtudes, llorar con sus desgracias, reír con su alegría, y seguir interesándonos en su suerte, aun despues de

escuchar de sus labios que no puede premiar de igual manera nuestro cariño, hé aquí lo que es amor.

María amaba de esta manera. Sentía como nadie no ser el objeto que imperaba despótico en el alma de su gallardo primo. Sentía haber visto desaparecer todas sus ilusiones como un sueño de seductoras formas; y sin embargo, al escuchar sus pasos, al ver que paseaba inquieto por la estancia, al sentir su respiración que dudaba apenas traspasar el recinto en que nacía, al creer, en una palabra, que padecía, y que padecía de amor, en vez del feroz sentimiento de los celos, sintió por él esa dulce compasión que la hacia olvidar sus propias penas.

—¡Pobre Miguel!....—pensó María:—¡El es tan desgraciado como yo!.... Pero él al fin verá premiados sus desvelos, porque es preciso que la mujer á quien ama corresponda á su amor y se llene de orgullo en verse amada de él.... pero yo.... ¡yo no tengo esperanza!.... porque yo no puedo amar mas que á mi primo, cuando su corazón pertenece á otra mujer.... Pero ¿qué

me importan mis padecimientos?... Yo me consideraria feliz si no le viese padecer. ¿Por qué esa jóven le hace sufrir, cuando él es digno del cariño de un ángel? ¿Por qué generosa no corresponde á ese amor, labrando la ventura del sér mas bueno de la tierra?

Y atribuyendo la inquietud de Miguel á una causa tan distinta de la que en realidad la motivaba, acusaba de inhumana y cruel á la mujer que habia logrado interesar tan profundamente el corazon de su primo, sin dignarse endulzar sus penas.

¡Triste condicion humana!... Hé ahí dos séres que darian el uno por el otro la vida, y que sin embargo, se hacen desgraciados.... Mas valiera que se aborreciesen, porque el aborrecimiento no afecta ni destruye como el amor oculto.... ese amor que guardamos en el pecho que, comunicado, se desahoga en lágrimas, pero que encerrado se alimenta destruyendo nuestra existencia, como destruye el gusano la carne de la manzana que le alimenta, y dentro de la cual está preso.

María, cuyo dolor se aumentaba á medida que Miguel se paseaba inquieto, se puso una bata blanca de muselina que á la cabecera de su cama estaba sobre una silla, saltó de su lecho, y acercándose á una mesa en que habia una veladora, abrió un cajoncito, sacó de él un cuaderno de papel rayado en que llevaba un apunte exacto de su vida, y se puso á escribir en él las afecciones de que en aquel instante se encontraba poseida.

De repente quedó todo en el mayor silencio.

Los pasos de Miguel ya no se oian, y solo interrumpia el silencio, el ruido causado por la presion de la pluma que corria velozmente sobre el papel en que escribia María, ó por la péndola del reloj que oscilaba pausadamente de derecha á izquierda, como un buque en calma mecido por un leve viento de popa.

De pronto un golpe fuerte que precedió á un ruido extraño, prolongado y desapacible, semejante al de una pesada carraca, hizo suspender la pluma en la mano de la jóven.

Aquel ruido era causado por la máquina del reloj que iba á marcar la hora.

—¡Las dos!—exclamó María dejando de escribir y guardando el cuaderno en el mismo cajoncito de donde poco antes lo habia sacado.—¡Esta es la hora en que murió mi madre y en que quedé sola en el mundo!... ¡Pobre madre mia!....

Y María se puso de rodillas, oró un momento en el mayor recogimiento, y se llenaron sus ojos de brillantes lágrimas que temblaban en sus sedosas pestañas, como las transparentes gotas del benéfico rocío sobre las matizadas hojas de la perfumada flor.

—¡Madre mia!....—exclamó, cuando los suspiros permitieron el paso á las ahogadas palabras—¡cuán cierto es que no existe la felicidad en la tierra!.... Bien me decias, cuando al pié de tu lecho mortuario lloraba por tu próxima muerte, que llorase por mí que me quedaba en el mundo, cárcel de miserias donde gimen los desdichados. Sí, esta mansion en que se agita el alma buscando un bien que jamas alcanza, no

es mas que un inmenso desierto, en que devorado el corazon por la sed de las pasiones, no encuentra una Samaritana que acerque una gota de agua á sus ardientes y abrasados labios.

¡Y cuánta razon tenia nuestra jóven al expresarse de esta manera.

¡Quién al llegar á las puertas de la juventud, y entrar en el festin alegre con que le brinda el mundo engañoso, no finge un paraíso de imperecederos goces, no sueña con un eden de eterna ventura? Llena el alma de pureza y sencillez, con un corazon ardiente, franco, entusiasta y confiado, corre el hombre tras el amor y la amistad; por todas partes se le presentan amigos y personas que juran amarle; llega el momento de la prueba y.... ¡dura leccion! ¡terrible desencanto!.... la amistad y el amor eran mentidos.... No halla un amigo.... no halla un sér que le ame.... En la dorada copa del festin que acercó á sus labios creyendo gustar la ambrosía de los dioses, bebe las amargas heces del dolor; donde vió un pensil de dicha y de ventura, encuentra una

sentina de corrupcion, de iniquidad, de crímenes, de ingratitude y de escándalos.

Entonces, aleccionado en la escuela del desengaño, conoce que la vida no es mas que el continuado quejido de la criatura; que el mundo no es otra cosa que una inmensa enfermería; la humanidad entera un enfermo, y el hombre que muere, el que recobra su salud para vivir en otro mundo verdaderamente justo, risueño y de eterna felicidad.

María permaneció otro momento recojida en su oracion. Luego, mas tranquila, besó una medalla que llevaba al cuello, donde se veía grabada la imágen de la Virgen de Guadalupe; aplicó el oido para ver si sonaban pasos en el gabinete de Miguel; pero viendo que todo permanecía en calma, se dirigió lentamente á su lecho, donde se reclinó para descansar las pocas horas que faltaban de oscuridad.

Poco á poco el sueño se fué apoderando de todos sus miembros; y la hermosa jóven cerró sus párpados humedecidos aún por algunas lágrimas.

Despues de dos noches de constante y fatigosa vigilia, aquel era el primer momento en que descansaban á la vez el espíritu y la materia. Por eso la infeliz se quedó al instante sumergida en un profundo y agradable sueño, consuelo único del que padece en la tierra sin esperanza de ventura.

Miguel, cuya viva imaginacion no podia tranquilizarse con la idea del peligro que corria el hombre que pretendia salvar, en vez de acostarse, se reclinó en un sillón, y así esperó vestido la venida del sol, despertando á cada instante y fijando sus ojos siempre que esto sucedia, en el cuadrante del reloj que iba señalando lentamente las horas.